

Repensar la identidad cristiana en la universidad

BORJA VIVANCO DÍAZ

DOCTOR POR LAS UNIVERSIDADES DE DEUSTO Y DEL PAÍS VASCO

Con ocasión del inicio del nuevo curso académico, el rector de Deusto, José María Guibert, pronunció ayer un discurso focalizado en desentrañar las singularidades y los desafíos que interpelan a la dimensión religiosa de una universidad jesuita en el País Vasco y que a la vez, en última instancia, constituyen su razón de ser.

Hace ya varias décadas que no se cuestiona que la presencia, la visibilidad y el fortalecimiento de la identidad cristiana en Deusto no vendrán determinados por el número de jesuitas destinados en ella. Dependrá, en primer lugar, de la capacidad de los miembros de la comunidad universitaria –sean jesuitas o laicos– para transmitir y contagiar en las tareas que les son encomendadas, siempre con su ejemplo personal, los valores cristianos e incluso la experiencia de Dios que dota de sentido a su vida cotidiana.

A este reto son llamados desde el rector hasta los bedeles y, por supuesto, a ello deberán ser también invitados los estudiantes. De hecho, el más alto reconocimiento que la Iglesia católica ha concedido a un miembro de Deusto fue al sencillo y generoso portero de la universidad Francisco Gárate, beatificado en 1985. «La gran lección del hermano Gárate es la mejor lección impartida en Deusto», sentenció Arrupe hace ya muchos años.

No obstante tampoco debemos subestimar la rápida y drástica reducción del número de jesuitas en Deusto. Si hace treinta años trabajaban en la universidad en torno a ochenta jesuitas, hoy solo son alrededor de media docena. En aquel tiempo el importante número de jesuitas facilitaba, por ejemplo, el contar con un amplio sistema de becas, financiado fundamentalmente con la mayor parte de los salarios que los hijos de Ignacio de Loyola recibían por su servicio en la universidad, y que iba destinado a los alumnos con menos recursos económicos.

Los despachos de muchos de aquellos jesuitas se asemejaban a la biblioteca de Alejandría. Rebasados los 75 y hasta los 85 años, nos recibían en ellos a jóvenes recién titulados, a fin de atender sin prisas nuestras dudas cuando comenzábamos a elaborar nuestros primeros trabajos de investigación. Y, además, no permitían que nos despidiéramos sin antes entregarnos ejemplares de artículos y libros escritos por ellos o por otros autores, que los mismos jesuitas habían subrayado cuidadosamente o sobre los que habían añadido sus propios comentarios muchos años atrás. Tristemente debo admitir que será difícil que aquellos jesuitas sean relevados del todo, incluso por el laicado más comprometido con el proyecto de Deusto.

La identidad, y más en concreto la 'confesionalidad' que intrínsecamente debe distinguir a una universidad jesuita no puede ser 'estática'. Siguiendo la mejor tradición de la Compañía de Jesús, tiene que ser capaz de 'inculturizarse' en el entorno al que está encomendada. Es decir, la 'confesionalidad' no puede interpretarse en Deusto, inmersa en una sociedad casi del todo secularizada y en especial entre una juventud en general increyente, desde las mismas coordenadas que en un pasado no tan lejano. De esto se deduce de inmediato, por ejemplo, que los servicios de capellanía de la universidad –a diferencia de hace tan solo dos o tres décadas– deban tomar un cariz más misionero que pastoral, ya que sus aulas y claustros son frecuentados por una generación de jóvenes que, en gran parte, ni siquiera han recibido la más mínima formación o iniciación en la fe cristiana. «Hacer hoy entendible la fe cristiana es algo contracultural», reconocía ayer Guibert.

Dicho lo cual Deusto se posiciona hoy como una plataforma privilegiada para la Iglesia vasca por la oportunidad que presenta como puente para tomar contacto, proponer y, si ellos libremente lo desean, acompañar de modo grupal o individualizado en su crecimiento en la fe a jóvenes que nunca antes han tenido contacto alguno con entornos familiares, grupos sociales e instituciones con inquietudes religiosas y católicas.

«Plantear correctamente la cuestión de la fe es parte importante del servicio público que realizamos, como entidad eclesial, en un contexto de pluralismo y secularización», declaraba el rector. Y para ello,

recordaba que «un reto hoy en día para la fe es trabajar su razonabilidad». En realidad este es el horizonte que primero en las comunidades monásticas y luego en la institución universitaria, que también brotó en el seno de la Iglesia, fundamentó el sentido de su existencia. «No actuar según la razón, no actuar con el logos es contrario a la naturaleza de Dios», escribió el emperador bizantino Manuel II Paleólogo a un sabio musulmán nada menos que hace seis siglos, como recordó Benedicto XVI en su conocido discurso en Ratisbona, en 2006.

En concreto, ayer Guibert se manifestaba partidario de una «confesionalidad inspiradora», aludiendo a las conclusiones que, en esta área de reflexión, el catedrático de Deusto Xabier Etxeberria ha ido realizando durante los últimos años a través de textos de gran hondura intelectual. En otras palabras, a tenor de este reinterpretación de su identidad cristiana en el contexto europeo del siglo XXI, Deusto ni puede ser contemplada como una «torre de marfil» ni tampoco, coincidiendo además con las palabras del Papa Francisco, ha de ser confundida con una organización «proselitista».

De hecho no puede ser casual que el año pasado fuera entregado el doctorado 'honoris causa' al cardenal Ravasi, promotor del conocido como Atrio de los Gentiles, iniciativa dirigida a fomentar el diálogo abierto entre los cristianos y no creyentes. No me cabe duda que este es el modelo más coherente, más oportuno y más eficaz para una universidad católica que, como Guibert proponía ayer, privilegiaba el «cómo explicar la fe en nuestro contexto cultural».